

FE Y RAZON

Observaciones sobre un texto escriturístico

Plutarco Bonilla A.

El tema de las relaciones entre la Teología y la Filosofía se ha discutido ampliamente en el desarrollo del pensamiento humano. Las posiciones asumidas han sido no sólo las más extremas que puedan imaginarse sino también todas las posibles entre esos extremos. Del *credo quia absurdum*, atribuido al primer gran teólogo latino, (y glosado en la frase *Quid ergo Athenis et Hierosolymis? Quid Academiae et Ecclesiae?*), al más abstruso racionalismo, de sometimiento servil de la Teología a la Filosofía, pasando por el *Credo ut intelligam*, y por aquello de que la Filosofía es la *ancilla* de la Teología.

En repetidas ocasiones, —cuando el tema se enfoca directamente hacia el cristianismo— no se han limitado los pensadores a exponer sus ideas, sino que han afirmado categóricamente que ésta o aquélla es la esencia misma del verdadero cristianismo. Y así se ha dicho que éste es racional, a-racional o anti-racional. Que aunque la Revelación es sobrenatural (suprarracional), ésta ha de ser aceptada y analizada racionalmente, o, todo lo contrario, ha de ser recibida sin hacer preguntas de ningún tipo. Por lo general, todas esas posiciones se asumen desde un específico estrado, en uno de los dos campos. En otras palabras, gravita sobre el pensador su definición propia, como filósofo o como teólogo. Basta repasar ligeramente la historia del pensamiento cristiano en los primeros siglos de nuestra era para comprender cómo, muy rápidamente, las estructuras mentales y los conocimientos adquiridos fuera del cristianismo tratan de infiltrarse en éste, vistiendo el lujoso ropaje de una cuasi-revelación. De esa manera, el cristianismo se confundió muy pronto con una forma particular de la filosofía griega.

Muy pocas veces se ha enfocado el tema de la relación entre la Fe y la Razón desde una posición bíblica. Es decir, fundamentando ese enfoque en la enseñanza escriturística al respecto.

En las líneas que siguen no tratamos de presentar un estudio exhaustivo del problema. Tan lejos no ha llegado nuestra pretensión. Nos limitaremos únicamente a estudiar un texto bíblico, del *Nuevo Testamento*, en el cual se nos relata uno de los milagros realizados por Jesucristo, en tierra habitada por gentiles. Del pasaje novotestamentario pueden obtenerse valiosas conclusiones.

Terminamos este breve artículo con unas observaciones relacionadas con la teología del pensador cristiano de todos los tiempos: San Pablo.

* * *

El capítulo cinco del *Evangelio* según San Marcos se inicia con uno de los relatos más dramáticos del Nuevo Testamento. De entre todos los milagros que realizó Jesucristo durante su ministerio terrenal, éste se destaca por sus contornos trágicos y por su fin dramático. Junto con sus discípulos, Jesús se aparta del bullicio producido por todos aquellos que, ávidos unos de panes y peces, y ansiosos otros de oírle, le seguían por todas partes, sin permitirle el más mínimo reposo. Decide, por tanto, el Maestro

de Galilea, cruzar las aguas del lago de Genezaret, arribar a la otra orilla, y pasar a tierra de Gadara o de Gerasa. Y el Señor, que va en busca de descanso (a lo que en nuestra terminología podríamos llamar "Retiro Espiritual"), descubre de inmediato que allí, en aquella región apartada, lugar de cría de puercos, hay un hombre necesitado. El cuadro es patético, acongojante. Un hombre, desnudo, deambulaba por aquellos parajes, sin sosiego ni paz. El evangelista nos dice de aquel enfermo que "tenía su morada en los sepulcros", "siempre, de día y de noche, andaba dando voces por los montes", "se hería a sí mismo con piedras". Sus coterráneos, preocupados, no tan sólo por el estado lamentable de aquel individuo, sino también por el daño que el mismo podría causar a la comunidad en la que vivía, lo habían aherrojado y metido en una mazmorra. Pero aquel hombre, —endemoniado según reza en el relato evangélico— era poseído por una fuerza descomunal y rompía los grillos con que lo ataban. Cuando el Señor visita la comarca, el hombre está suelto. Con rostro feroz siente el impacto de la presencia de Jesucristo. Y se entabla, a modo de mensajes telegráficos, un diálogo rápido, de frases cortas, tajantes. Lo reproducimos con la incomparable sencillez del evangelista Marcos:

Endemoniado:

—¿Qué tienes conmigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? Te conjuro por Dios que no me atormentes.

Jesús:

—¿Cómo te llamas?

Endemoniado:

—Legión me llamo; porque somos muchos.

Jesús:

—Sal de este hombre, espíritu inmundo.

Endemoniado:

—Envíanos a los cerdos para que entremos en ellos.

Al releer con cuidado esa conversación, resalta ante nuestros ojos un dato desconcertante. La respuesta de aquel individuo, cuando Jesucristo le pregunta por su nombre, revela el estado de desolación en que aquel hombre se hallaba sumido: "Legión me llamo; porque somos muchos", (*Legión ónoma moi, hóti pollói esmen*). ¿Cómo pudo responder de esa manera, con una frase que es un completo desbarajuste gramatical? Era, ni más ni menos que el índice señalador del también completo desbarajuste moral e intelectual del endemoniado. "[Yo] me llamo . . . porque [nosotros] somos muchos". ¿Es posible ser uno y a la vez ser muchos? ¿Puede una persona, al hablar de sí misma, decir "yo" y, al mismo tiempo, "nosotros"? Aquel hombre lo hizo.

En el contexto de las concepciones de la época hemos de decir que aquel hombre se encontraba definitivamente incapacitado para distinguir entre él mismo y los demonios que habían hecho en él morada. La posesión demoníaca era tal que la misma personalidad del poseso había quedado completamente resquebrajado.

* * *

El drama, como tantos otros dramas relatados vívidamente por los evangelistas del Nuevo Testamento, no es otra cosa, a fin de cuentas, que una representación fiel de la realidad del hombre. De cada hombre. Este se ha desviado de tal manera del camino que le fue trazado por el creador, que, como aquel endemoniado, ha perdido conciencia de su propia personalidad, se ha enajenado, y se ha convertido en un personaje de novela, representando un papel que no es el suyo propio, e incapaz de distinguir entre él mismo y el personaje a quien representa. El hombre ha prostituido los senderos de la auto-realización, a la que, como ineludible responsabilidad —y

quiéralo o no— tiene que enfrentarse en su quehacer cotidiano, y tanto en el hecho externo como en la actitud y en la intención interna. Hay, en el hombre, un salto continuo, a modo de mariposeo incesante, entre el "yo" y el "nosotros". Es la trágica presencia de la esquizofrenia.

Basta echar una rápida ojeada a los innúmeros personajes de la novelística contemporánea para ver destilarse en ellos toda la miseria y la bajeza que, ya en formas rudas ya en formas refinadas, brota del ser humano. Producto todo ello del enajenamiento del *yo*, como consecuencia de la imposición irrefrenable del *otro yo*, del monstruo de la obra de Stevenson, del *hombre viejo* del pensamiento paulino. Surgen de la pluma de nuestros escritores, los personajes que manifiestan lo que muchas veces llevamos oculto. Hombres que explotan, desde sus privilegiadas posiciones, a sus prójimos necesitados, como los "prepotentes" de *Memorias de un Pobre Diablo*. Niños y jóvenes que crecen no sólo en el más absoluto desamparo —como solía suceder con *Marcos Ramírez*— sino también en el más abyecto de los ambientes imaginables —como otros de los personajes de la novela de Carlos Luis Fallas. Hombres que con el más absoluto descaro pisotean los más elementales derechos de todo ciudadano. Niñas que en la pubertad saborean el "placer" del desenfreno sexual. Todo ello repite en carne viva la tragedia del endemoniado geraseno: el hombre que se ha perdido en el maremágnum del mundo que lo rodea, y en la confusión de su propio mundo interior.

Los otros, los de la ciudad, que se creían cuerdos y libres de toda posesión demoníaca, estaban también —sin percatarse de ello— poseídos por otros demonios, y, por tanto, incapacitados para ofrecer al prójimo alivio en la necesidad, necesidad que era propia. Si el uno estaba dominado por una legión de demonios, los otros estaban subyugados por otro espíritu maligno: el del egoísmo resultante del más craso materialismo. La pérdida de la cordura se manifiesta en ellos como un derrumbe del sistema de valores. Cuando tuvieron que escoger entre la sanidad de los demás enfermos que había en la comarca y sus propios negocios, (negocios ilícitos en el contexto del judaísmo), no vacilaron en decidirse por estos últimos, ya que hacerlo por lo primero era tanto como estar dispuestos a sufrir cuantiosas pérdidas. El demonio del dólar (o del colón, que para el caso es lo mismo) se les había metido bien adentro, y, brillando con dorados resplandores, los había atraído a sí de tal manera que ellos ya no veían nada —ni siquiera seres humanos— que fuese de más valor. En resumen, que ellos eran otros endemoniados, aunque la manifestación fuese completamente distinta y muy engañosa.

* * *

La nación escriturística, como todo relato evangélico, no termina con la simple presentación del panorama sombrío de aquella vida destrozada. En el Evangelio, doquiera haya un hombre en necesidad Cristo hace acto de presencia. Y así aquí, a la voz imperativa del Maestro, los demonios abandonan para siempre su morada humana, y aquel hombre queda libre de su azote. De nuevo se destacan por su sencillez las palabras del evangelista:

"Y saliendo aquellos espíritus inmundos, entraron en los cerdos, los cuales eran como dos mil; y el hato se precipitó en el mar por un despeñadero, y en el mar se ahogaron. Y los que apacentaban los cerdos huyeron, y dieron aviso en la ciudad y en los campos. Y salieron a ver qué era aquello que había sucedido. Vienen a Jesús, y ven al que había sido atormentado del demonio, y que había tenido la legión, sentado, vestido y en su juicio cabal; y tuvieron miedo".

Nótese la lacónica y elocuente expresión: "Y en su juicio cabal". La conversación con JesuCristo produjo tal impacto en la vida del endemoniado que éste sufre una transformación interior. No sólo huyen los demonios sino que también él recobra

su juicio. Señala esto que el Señor no sólo hace obra de demolición, de barrida de obstáculos. Si hubiera sido así, el resultado habría sido el mismo que JesuCristo expone en otra parábola: un demonio que habitaba en un hombre, sale de su morada. Pero el hombre, al sentirse al fin libre, no busca a quien poner en lugar del demonio, queda como barco sin timón, sin saber qué rumbo tomar. Y, poco después, regresa el demonio, junto con otros "compañeros", y la situación final fue de desolación y ruina, peor que en el principio, (*Evangelio* según San Mateo, capítulo 12, versículos 43 al 45). Pero no. Según el relato que estamos estudiando, JesuCristo remueve obstáculos, pero además señala metas y da sentido a la vida. Quita demonios, pero se entroniza en el lugar que los demonios habían usurpado. El desquiciado, el esquizofrénico, el incapaz de distinguirse a sí mismo, termina —por obra y gracia a la presencia de Jesús— en su *juicio cabal*, sentado a los pies del Maestro, manteniendo con él un diálogo coherente, sin mariposeos ni salidas de locos.

¿Qué significan estos datos?

Primero, que JesuCristo vino no sólo a reconciliar al hombre con Dios sino también, como corolario inseparable, a reconciliar al hombre consigo mismo. A curar al hombre de su *esquizofrenia existencial*. En Cristo el hombre se encuentra a sí mismo, y puede construir su casa (es decir, hacerse, realizarse como hombre) sobre la Roca firme e inmovible, y no sobre la arena, movедiza y fácil de socavar (*cf. Evangelio* según San Mateo, capítulo 7, versículos 24 al 27).

Segundo, que Cristo viene, no a destruir la razón, sino a *redimirla*. El le ofrece al hombre la posibilidad de volver a su *juicio cabal*, de poder dialogar con Dios, con el prójimo y consigo mismo. No es raro, por tanto, que uno de los más grandes oradores evangélicos latinoamericanos haya dicho en un libro recientemente publicado: "Razonemos, que razonar es función cristiana y el púlpito debe ayudar a pensar" (Cecilio Arrastía: *JesuCristo Señor del Pánico*).

Esa es, precisamente, la solución que el Evangelio da al problema de la relación entre Razón y Fe. La tensión entre ambas es, aquí, tensión creadora. Es una perfecta combinación del *Credo ut intelligam* con el *Intelligo ut credam*.

De esta misma manera, nos parece a nosotros, ha de interpretarse también el pensamiento paulino. Veamos:

San Pablo afirma (Primera Epístola a los corintios, capítulo 1 versículos 18 y siguientes) que "Dios ha entontecido la sabiduría del mundo" y que "lo insensato del mundo escogió Dios para avergonzar a los sabios". ¿Quiere decir con esto el apóstol que el Cristianismo que él proclama es enemigo declarado de la razón?, ¿o que contrvertirse al Cristianismo es sinónimo de renunciamiento de las capacidades de la mente humana y de los progresos reales en el campo intelectual? Si así es, debe haber una contradicción interna, porque Dios creó al hombre como ser pensante. Y aunque es cierto que la doctrina cristiana de la "caída" enseña que el pecado tiene consecuencias noéticas, no incluye la caída en la irracionalidad.

La *imago Dei* implica, en el relato de la creación que encontramos en el *Génesis*, la capacidad de *poner nombres* a los animales que habían sido creados por Dios; es decir, la capacidad de *dominar por la palabra* (*kalein ónoma*). Aunque el texto griego del Antiguo Testamento no hace referencia directa al *logos*, es evidente que ahí gravita tal idea, pues Dios mismo realiza su creación por medio de la palabra, que en el Evangelio es el *Logos* o el Verbo que era desde el principio, que estaba con Dios y que era Dios (S. Juan, capítulo 1 versículo 1). Y así Dios crea al ser humano de tal manera que éste puede señalar nombres a los demás seres vivientes. El *nombre* no es sólo de valor mágico en las culturas antiguas. Representa también, en el contexto de la creación, la superioridad de aquel que lo pone. Superioridad sobre las cosas o los

otros seres nombrados. Superioridad que es posible, en el caso específico del hombre, por haber sido hecho a la imagen de Dios, y, por tanto, como ser inteligente, con *logos*.

Ya indicamos que la doctrina cristiana de la caída no enseña que el hombre se convierta en un ser irracional. Tampoco enseña esa doctrina —como algunos han pretendido mostrar— que el pecado consistió, precisamente, en el deseo de saber. El pecado estuvo en querer pensar (y, con el pensar, vivir) *independientemente* de Dios. Fue la pretensión de *plantar* la sabiduría humana frente a la sabiduría divina. Como consecuencia natural, lo que sucede es lo que tenía que suceder en un planteamiento semejante: la sabiduría humana se convierte en enajenación, en pérdida de juicio que habría de afectar no solamente el quehacer intelectual o racional del hombre, sino toda su existencia. Por eso San Pablo dice lo que ya en líneas anteriores mencionamos: que es sobrada pretensión (locura, tontería) del hombre querer ser “como dioses”, “conocedores del bien y del mal” (*Génesis*, capítulo 3, versículo 5).

Es este tipo de sabiduría el que San Pablo repudia. La sabiduría del sabio-de-este-mundo, que intenta enfrentarse a Dios, y que cree que su sabiduría propia es suficiente para resolver todos los problemas de su existencia. San Pablo afirma —y con énfasis— que hay otra sabiduría, que es sabiduría-según-Dios. Y por ello no vacila en señalar a Cristo como Aquel “en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento” (*Epístola a los colosenses*, capítulo 3, versículo 3). Por la misma razón agrega el gran apóstol: “Cristo, poder (*dynamis*) de Dios y Sabiduría (*sofía*) de Dios” (*Primera epístola a los corintios*, capítulo 1, versículo 24).

* * *

En la perspectiva de la historia-parábola que antes comentamos, Cristo, el logos eterno, es quien, tocando con su *dynamis* al hombre, puede redimir la perdida razón de éste y hacer que vuelva a su juicio cabal.